

# Sacos de Lágrimas

Cuenta la leyenda, que la Reina lloraba desolada acurrucada bajo las frías sábanas de su cama, sin poder moverse. Que los tristes pajarillos que antes revoloteaban dichosos a su alrededor —mientras ella los alimentaba—, fueron los primeros en cambiar gradualmente su peculiar plumaje púrpura por el negro azabache. Que los árboles que le ofrecían su sombra —guareciéndola del asfixiante calor—, también fueron dejando de repoblar sus verdes ramas, y que el mismo Sol se fue aplacando, dejando de emanar sus rayos dorados convirtiéndose, poco a poco, en un simple astro triste y desolado, y que, sin él, todo se tornó gris, en constante penumbra; un mundo irremediablemente apagado.

Cuentan, que los abuelos del lugar narraban como antes de enfermar la Reina, en palacio, la alegría se tocaba con las manos. Los colores adornaban por doquier y exquisitas fragancias, traídas de otros reinos, serpenteantes se iban colando por todos los rincones. Notas musicales se percibían lejanas, como el susurro del viento jugando en el jardín, y dicen, que tal disposición no se quebró de la noche a la mañana, lo que fuera que le ocurrió a su majestad sucedió lentamente; como el asesino cuando algo trama.

Dicen que no hubo mago que conociera la pócima para revertir el hechizo —si es que lo fue—. Que no dejó de preguntar por todas partes si alguien podía ayudarla. Los mejores doctores del país entraron y salieron de palacio sin podérselo creer. Nada le sucedía a la Reina, ¿por qué no se podía mover?

Sacos de lágrimas por todo lo perdido.  
Llantos sordos esperando oír las palabras ansiadas.

Pero los años pasaron sin pista alguna (los doctores aún siguen investigando), durante los cuales la Reina esperó sumida en una angustia perenne.

- No hay tratamiento para una enfermedad inexistente, majestad —le decían.

Pero ella lo sabía. Sabía que aquella mujer que mostraba el ovalado espejo de su flamante tocador perlado, el cual peligraba en sus endebles manos, no era la figura de preciosos ojos azules que conocía. Sabía —porque se conocía bien—, que era otra persona la que habitaba ahora dentro de su ser.

Y llenó sacos de lágrimas desconsolada. Incomprendida. Fatigada y dolorida. Una soledad descuartizadora se apoderó de aquella alma que no mucho tiempo atrás se deslizaba feliz por todo el reino.

Cuentan, que un mal día enfermó tanto, que a la espera del fatídico desenlace lloraban todos sin comprender qué le pasaba. Pero algo mágico sucedió. Nadie más que ella pudo verlo y sentirlo. Dicen, que su vida pasó por delante de sus ojos cerrados, muy lentamente para que pudiera saborearla. Colores y música y fragancias exóticas traídas desde lugares lejanos la envolvían.

Y suspiró. Cuando todos pensaban que era su último aliento, la Reina incorporó su frágil torso y pidió sedienta una bebida. Su corazón latía de prisa.

- Quiero ser ella otra vez —susurró mientras bebía sin siquiera mirar el vaso. La luz que emanaban aquellos colores era lo único que su mirada perseguía.

Y de repente intuyó, como no podía ser de otra manera, que una nueva alianza debería pactar en breve. Y así fue como terminó aceptando a la que se convirtió en su mejor amiga.

Aquella otra persona —cuyo reflejo nunca terminó de entender— compartió con ella el resto de su vida.

Juntas, aprendieron a no volver a cargar aquel pesado cesto lleno de panes, ni trotar por el campo esparciendo las migajas. Ambas, desaprobaron el llegar hasta el viejo olmo corriendo con el único propósito de robarle durante unos minutos su estimada sombra. Y bajo el Sol, entendieron, que ya no debían exponerse; la energía que necesitaban para pasar la jornada, quedaba agotada inexplicablemente.

Cada tarde, sentadas al amparo del robusto tronco, dejándose acariciar sutilmente por los rayos que fluían a través de las aberturas de sus verdes ramas, esparcían a su alrededor un puñado de migas de pan que con celeridad se comían los pajarillos de plumaje púrpura.

El palacio dejó de estar mudo. La luz empezó a entrar nuevamente por las ventanas. El júbilo que ella irradiaba volvía a colarse por todas las esquinas, aunque con limitaciones expresamente pactadas por todos los que la amaban.

*fin*

Mucho tiempo después —y esto ya no es una leyenda—, seguimos sin la respuesta esperada, igual de incomprendidas e incomprendidos por la sociedad y por buena parte de la comunidad médica. Un gran reto para nosotras y nosotros ha sido asumir que de verdad no fingimos —por mucho que digan los demás—, que el dolor está ahí permanentemente y la fatiga nos obliga a parar. Muchas personas pasan sus días encerradas en sus torres de marfil porque el ambiente exterior merma sus sentidos. Una pena que sigamos sin crear conciencia de esta realidad.

Y hemos tenido que aprender a cuidarnos solas y solos y, cada mañana, buscamos a nuestra mejor amiga o amigo al otro lado del espejo, porque esa imagen es el único vínculo que tenemos con la vida. La única persona que nos ofrece su amor sincero y vela a nuestro lado para que podamos pasar un buen día.

Esta soledad no acabará hasta que obtengamos visibilidad y se nos escuche sin reticencia. Hasta que se reconozca esta enfermedad que sigue oculta a los microscopios. Mientras no recibamos la comprensión de la sociedad.

Abrid los ojos —por favor—, estamos aquí, riendo y llorando, **existimos** igual que vosotros.

FELIZ DÍA MUNDIAL DE LOS SÍNDROMES DE SENSIBILIZACIÓN CENTRAL

Con todo mi cariño,

C.J. Ruiz



ASOCIACIÓN PACENSE DE FIBROMIALGIA, SÍNDROME  
DE FATIGA CRÓNICA Y SENSIBILIDAD QUÍMICA MÚLTIPLE